

BNE Sala de
Causa 2a

EL CATOLICISMO.

PERIÓDICO SEMANAL, RELIGIOSO, FILOSÓFICO I LITERARIO.

Non enim quod bonum est male accipiamur: et rursum potem colimus, legitime pugnantes, utque infralimites nestros, spiritusque regulam nos met continentes. S. Greg. Naz.

PARTE OFICIAL.

Biblias.

Como en el número anterior publicamos el decreto del Concilio de Trento sobre el uso e impresión de la Sagrada Escritura, reproduciremos ahora el *Edicto* expedido por el Ilmo. señor Arzobispo ahora tres años sobre lo mismo.

EDICTO

SOBRE LAS BIBLIAS ADULTERADAS I CISMATICAS.

Nos, Antonio Herran, por la gracia de Dios i de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de Santafé de Bogotá.

Habiendo llegado a nuestra noticia que se ha introducido en varios lugares de la Arquidiócesis, un gran número de ejemplares de la Biblia adulterada i cismática, cuya lectura está prohibida por la Iglesia con repetidas excomuniones; i sabiendo igualmente que estos ejemplares se venden a un precio ínfimo, i aun a muchas personas se les reparten gratis, segun se nos ha asegurado, con el fin de que se extiendan por todas partes; nos vemos en el caso de recomendar a los verdaderos católicos i fieles hijos de la misma Iglesia, que no pueden leerse sin manifiesto peligro espiritual, las mencionadas Biblias, ni conservarlas en su poder; i, en consecuencia, obligados como estamos, a velar sobre nuestra grey, encargamos que no se compren, ni de ninguna manera reciban, i que los que las hubieren comprado; o de cualquier modo recibido, las entreguen inmediatamente a la autoridad Eclesiástica o a los párrocos i demas sacerdotes a quienes autorizamos para que las recojan i las pasen a nuestro despacho. Encargamos igualmente a los párrocos que manifiesten a sus feligreses las repetidas prohibiciones que hai para retener las ediciones de la Biblia sin las notas i aprobacion de la Iglesia, i las excomuniones fulminadas contra todos los que las leyeren i procuraren su lectura a otras personas.

Dado en la sala de nuestro despacho, firmado por Nos i refrendado por nuestro Secretario en Santafé de Bogotá, a veinte i dos de noviembre de mil ochocientos cincuenta i seis.

ANTONIO, Arzobispo de Santafé de Bogotá.

Por Su Señoría Ilma.

Gregorio de Jesus Fonseca, Secretario.

EL CATOLICISMO.

3

«Monumento sepulcral.»

Continúa la lista de los Señores eclesiásticos de la ar-

quidiócesis, que han depositado sus limosnas en poder del Señor Dr. Indalecio Barreto.

Suma del número 379 de este periódico \$ 573 7

El Dr. Nicomedes Herrera, cura de Neiva.. 10

El Dr. Antonio Ignacio Parra, cura de Chiquiza..... 5

El Dr. Modesto Fernández, cura de Vergara..... 5

El Dr. Gabriel Forero cura interino de Neesima..... 5

El Dr. Salvador Silva, cura de Fúquene. 10

Suma pesos 608 7

NOTA.—Habiéndose ausentado el señor Dr. Indalecio Barreto de esta capital, queda encargado de recibir las limosnas para el «monumento sepulcral» Dr. Gregorio de Jesus Fonseca.

Civilizacion i Barbarie.

LOS MISIONEROS ROMANOS I «EL TIEMPO.»

FRAYLES REDENTORISTAS.—Han llegado varios a esta ciudad con pretexto de las misiones de Casanare. A Nueva Granada no vienen, como a los Estados Unidos i a Buenos Aires, extranjeros laboriosos que desarrollen la riqueza i den impulso a la civilizacion, pero en los felices tiempos que alcanzamos, bajo la piadosa administracion Ospina, llegan por docenas los Jesuitas i demas frailes a fomentar la vagancia i a condensar la supercivizacion. ¡Viva el progreso!

[«El Tiempo» número 241.]

En las vastas pampas regadas por el Meta i sus tributarios viven, o mas bien vejetan numerosas familias humanas que de tales tienen apenas el aspecto, pues a juzgarlas por su degradacion i embrutecimiento, se equivocaria el ojo perspicaz i observador del viajero naturalista, creyéndolos por lo menos en una escala media entre el mundo de los racionales i el de los brutos.

Nada, en efecto, se halla mas lejos de las condiciones o siquiera de la apariencia de criaturas inteligentes que la vida i hábitos que arrastran esos desdichados indijenas: sin nocion alguna de la excelencia i dignidad de su sér, ignorando quizás que su orijen i su fin, son distintos de los de las bestias que los rodean, divorciados absolutamente de todo freno religioso o social, es su existencia una prolongada i desastrosa série de crímenes i excesos. La rapiña, el incesto, el homicidio, todo ese largo i siniestro cortejo de delitos que acompañan a la humanidad cuando entregada a su propia miseria se encuentra destituida de los preceptos i consejos de su Criador, todo lo que mas puede envilecerla, forma por decirlo así, como una segunda naturaleza en esos infelices,

1439

Desnudos i sin abrigo contra las inclemencias del clima se revuelven confusamente con las fieras, que parecen disputarles el dominio del territorio que ocupan i a las que en continuas i fatigosas luchas tratan de arrancar sus asquerosas i sangrientas sobras para saciar el hambre que los acosa, si es que no se devoran mutuamente para hartarse de sangre de hermanos, o si, ávidos de carnicería i esterminio, no compactan sus hordas para invadir las poblaciones civilizadas de que no están distantes, i cuyos consternados moradores presencian sin medios o tiempo para evitarlo, la devastacion de sus mieses, el incendio de sus propiedades i la matanza de sus mujeres e hijos que quizás van a ser manjares de abominables banquetes.

Los gritos de dolor i angustia que arrancan a las almas sensibles tantos horrores i tantas calamidades despiertan compasion i simpatía en los poderes civiles encargados de velar por la conservacion i bienestar de la sociedad; pero, compasion estéril! simpatía impotente!, porque nunca le ha sido dado al hombre curar con sus fuerzas meramente humanas, los males causados por la barbarie, porque esta sublime i santa mision es glorioso i esclusivo privilegio de esa Religión que, traída del cielo por Jesucristo i confiada a Pedro i a sus sucesores, cambia a Roma de *maestra del error en discípula de la verdad* i transformando los destinos de la Ciudad Eterna, hace que la que habia aglomerado en el Capitolio todas las abominaciones i todos los absurdos de las teogonias paganas, que la que habia sujetado al universo entero a fuerza de violencias i espoliaciones, plante en el Vaticano con la sangre fecunda de los Jefes del Apostolado, el nucleo de sabiduria, el foco de luz que ha diez i ocho siglos instruye i alumbrá a todas las naciones i las hace tributarias de la que, si antes era su señora por la conquista de las armas, ahora es madre de todos los pueblos por los inmensos beneficios que presta de continuo a la causa de la civilizacion i por el imperio que le han adquirido sobre todos los espíritus sus bien sostenidos derechos de heredera del Hijo de Dios, de *AQUEL que vino a iluminar a todos los que estaban sentados en las tinieblas i en las sombras, de AQUEL que vino a traer a las jentes la ciencia i la redencion.*

No hai imaginacion que pueda seguir ni pluma que pueda describir la marcha triunfal que, a despecho de sus enemigos i en beneficio de todo el Orbe, ha emprendido i continuará hasta la consumacion de los siglos esa Iglesia Romana, tan calumniada i aborrecida por los que miran con rabiosa envidia el universal i merecido ascendiente que ejerce sobre las conciencias, por los que con toda su gritería i con todas sus malas artes no podrán nunca despojarla de sus títulos i merecimientos a la gratitud de la humanidad.

Si el mundo moderno debe las glorias inmarcesibles, los beneficios innumerables de su floreciente civilizacion a la Silla Romana, no es con las vanas declamaciones i la charla insulsa de sus adversarios con lo que pueden echarse por tierra los testimonios irrecusables de la historia. Remontémonos por un instante a esa época memorable que, junto con las agonías del imperio de los Césares presenciaba los primeros fundamentos de los pueblos principales de la Europa actual.

A fines del siglo VI, atraviesa un dia el mercado de Roma un pobre monje i divisa al pasar a unos esclavos de grande hermosura que estaban espuestos en venta pública, e informándose de su país, se le dice, que son de la isla de Bretaña. —Son cristianos, pregunta, los habitantes de esa isla o están todavía sumergidos en las tinieblas del paganismo? —Aun son paganos. —Lástima, replica, que criaturas tan her-

mosas estén bajo el poder del demonio i que anterior no esté acompañado de la gracia de Dios! Este monje era hijo de un senador i antes de abrazar la vida oscura del claustro habia desempeñado con aplauso la entonces primera magistratura de Roma, la de Pretor. Impulsado por sus jenerosas aspiraciones vuela inmediatamente a los pies del Papa Benedicto I i representándole con su enérgica elocuencia la miseria espiritual i temporal de los estranjeros que acababa de ver, le conjura que mande a otros evangelicos a la patria de aquellos, ofreciendo el mismo para tan santa empresa, i aceptada la oferta, parte cuando ántes para su noble expedicion. No bien lo sabe el pueblo romano, cuando se agolpa hacia la mansion del Sumo Pontífice i le clama con voz unánime: qué has hecho? Santo Padre; tú has destruído a Roma; i ofendido a San Pedro con haber dejado ir a Gregorio. Asombrado el Pontífice despacha inmediatamente sus correos en busca del misionero i lo hace regresar; pero lo que no consiguió Gregorio de monje, lo consiguió de Papa, pues apenas se sentó en el solio pontifical, mandó al monje Agustín i a sus compañeros a convertir i civilizar las diferentes naciones de la Gran Bretaña.

¿Cómo encontraron estos enviados de Roma a esas rejiones que hoy admiran al mundo civilizado, i cuáles fueron los bienes que les llevaron? Responda por nosotros el historiador inglés John Lingard i sea su elegante i juiciosa pluma la que publique la deuda inmensa de gratitud que tiene su patria para con Roma i el maravilloso cambio que entre los Anglosajones obraron los misioneros del Papa San Gregorio.

«Los antiguos escritores, dice este historiador, se acuerdan unánimemente en colocar a los sajones entre las naciones mas bárbaras que invadieron i desmembraron el imperio romano. El brillo de su valor fué manchado por su brutalidad; no querian los servicios sino la sangre de sus cautivos i el hombre a quien consentian en perdonarle la vida, se acostumbraba a considerar una eterna servidumbre como un favor i una jenerosidad. Entre ellos, un sistema de legislación imperfecto i brutal abandonaba a la venganza de los particulares el castigo de las injurias personales i la ferocidad de sus pasiones multiplicaba sin cesar esos odios implacables i hereditarios. La avaricia i la concupiscencia habian borrado en sus corazones los sentimientos primeros de la naturaleza. Los salvajes del Africa pueden hacer con los Europeos el tráfico de los negros que cojen por traicion o que capturan en tiempo de guerra; pero mas salvajes los bretones, vendian sin escrúpulo a los mercaderes del Continente sus compatriotas i aun sus propios hijos. Su religion era conforme con sus costumbres i sus costumbres estaban perpetuadas por su religion; en su teología no reconocian otro pecado que la cobardia, ni reverenciaban otra virtud que el valor, i apaciguaban a sus dioses con sangre de victimas humanas. Tenian nociones débiles i vagas acerca de la vida futura i si el alma estaba destinada a sobrevivir al cuerpo, beber cerveza en los cráneos de sus enemigos era la recompensa perdurable de los hombres virtuosos; llevar la vida en la miseria i la inaccion, era el castigo eterno de los malvados. Tales eran los sajones paganos; pero su ferocidad cedió bien pronto a los esfuerzos de los misioneros i los rasgos mas groseros de su orijen se pulieron poco a poco bajo la dulce influencia del Evangelio. En medio de los furiosos de la victoria aprendieron a respetar los derechos de la humanidad, la muerte o la esclavitud no fue ya la suerte de los bretones vencidos; con su sumision fueron estos incorporados a los vencedores, i sus vidas i propiedades fueron respetadas por la equidad de los conquistadores cristianos

Los conocimientos religiosos introdujeron un nuevo espíritu de legislación; la presencia de los obispos i del alto clero dirigió la sabiduría de los consejos nacionales, i establecieron leyes para castigar las violaciones públicas de la moral i contener las reyertas diarias que turbaban la paz de la sociedad. La idea saludable de que por el bautismo venían a ser hermanos todos los hombres, contribuyó mucho a mejorar la condiccion de la esclavitud i a esparcir las semillas de esos sentimientos jenerosos que minaron gradualmente i abolieron, en fin, tan odiosa institucion i por una legislación sabia i previsiva fue puesta la libertad al abrigo de la avaricia de un padre desnaturalizado i decretáronse las penas mas severas contra el hombre que se atreviese a vender a un amo extranjero a uno de sus compatriotas, aunque este fuese esclavo o malhechor.... Vióse la civilizacion marchar a paso igual con la religion i traer en pos de sí no solo las artes de utilidad sino tambien las de agrado; conocimientos de todos jéneros fueron estudiados con avidez i en tanto que las tinieblas de la ignorancia cubrían el resto de la Europa, las letras encontraron asilo por algun tiempo entre los sajones de la Bretaña..... La mayor parte de las posesiones cedidas a los monjes, eran primitivamente incultas, rodeadas de pantanos i de selvas; pero los esfuerzos pertinaces de los monjes sobrepujaron los obstáculos de la naturaleza i la ingratitude del suelo: las selvas quedaron desmontadas i las aguas segadas; abriéronse caminos, construyéronse puentes, fecundáronse las tierras estériles, cubrióse la costa de Northumbria de animales i abundantes mieses i surjieron ricas praderas de entre los pantanos de Girvi. Muchos condados de Inglaterra deben su gran fertilidad a los monjes que, en una época tan lejana, fueron los padres de la agricultura i de las artes.» [1]

En gracia de la brevedad omitimos muchos e interesantes detalles de este autor, que prueban hasta la evidencia que los ingleses son deudores de su civilizacion i de los beneficios que le han sido consiguientes, a los enviados del Papa Gregorio. Pero volvamos otra vez nuestros ojos hácia ese hombre eminente apellidado con razon el Grande i véamos si el pueblo romano, tuvo razon en decir a Benedicto I que Roma hubiera sido destruida si Gregorio se hubiera alejado de ella. Veamos a este ilustre sucesor de San Pedro salvando la Italia i la Europa i preservándolas de una inminente destruccion.

Ya las hordas del Norte habian recorrido la mayor parte de la Europa romana i los degenerados Césares veían desoladas las mas hermosas provincias de su imperio por caudillos feroces que amenazaban sepultar bajo su planta destructora todo lo que la civilizacion antigua habia amontonado. Roma habia sido sucesivamente tomada i saqueada por Alarico, rei de los godos, Genserico rei de los Vándalos, Totila rei de los Hérulos. A estos bárbaros habian sucedido otros bárbaros. Establecidos los lombardos en la alta Italia caían desde allí sobre las mas ricas comarcas i sobre las mas populosas ciudades, llevando por compañeros inseparables el hambre i la peste. La guerra estaba a las puertas de Roma i no habia que esperar socorro alguno de los emperadores de Oriente, pues si los pueblos sentían la presencia de los comisarios de Constantinopla era para sufrir de ellos estorsiones aun mas crueles que las de los mismos bárbaros. Los habitantes de la Cerdeña, segun se ve en una carta del Papa a la Emperatriz Constanza, mujer de Mauricio, [2] estaban reducidos a vender a sus propios hijos para satisfacer las exaccio-

nes del majistrado imperial, experimentando idéntica suerte la Córcega i la Sicilia. Tales son las tristes coyunturas en que sube Gregorio a la Cátedra apostólica: sus oraciones i su vijilancia destruyen la peste que desolaba a Roma i grandes acopios de trigo que hace venir desde Sicilia llevan la abundancia a sus famélicos habitantes; la fuerza de las circunstancias lo obliga a ocuparse del gobierno temporal i hasta de la defensa militar de los países amenazados por el enemigo; pero a todo aticude con su firmeza i su prevision; provee a la seguridad de las ciudades; iníma al Clero de Nápoles i de Milan que elijan obispos que sean capaces de protegerlos contra los bárbaros i reprende a Javier obispo de Cagliari en Cerdeña por haber expuesto su grei a ser presa de los lombardos, descuidando las indicaciones que él le habia sujerido. [3] Ordena a los eclesiásticos mismos, apesar de sus inmunidades, que monten guardia dia i noche junto con los demas habitantes i no solo permite sino que manda a los obispos que vendan hasta los vasos sagrados para rescatar de la cautividad a sus diocesanos. [4] «Nuestro Divino Redentor, dice, al hacerse Hombre nos ha redimido de la servidumbre i nos ha vuelto nuestra primitiva libertad; imitemos su ejemplo sacando de la esclavitud política a hombres que son libres por la lei de la naturaleza.» [5]

La ferocidad de los Lombardos se estrella contra las virtudes de este gran-Papa, quien das veces los reduce a la paz,—apesar de su irritacion por las traiciones del exarca de Ravena, logrando al fin por la persuacion reducirlos a la fé católica i hacerlos por esto los sostenedores de los mismos intereses que venían a destruir. De esta manera, i no obstante las guerras, las pestes, las hambres de que se veía rodeado i los penosos achaques de que adolecía, salvaba la Europa ese débil anciano i convertía i civilizaba las dos naciones mas terribles, los Anglo-sajones, por sus misioneros, i los Lombardos por la influencia de sus virtudes i de sus escritos, mientras que los Obispos enviados a las Galias i a la España por sus predecesores continuaban humanizando a los Godos i a los Francos, i uno de sus amigos, San Leandro de Sevilla, hacia entrar en masa a la nacion de los Visi-godos con su Rei Recaredo en el seno de la Iglesia católica.—La Inglaterra que vino a ser cristiana por los cuidados del Papa Gregorio I.º suministró a sus sucesores una multitud de misioneros para convertir a los demas bárbaros del Norte; descollando entre ellos San Willibrod i San Swidberto, apóstoles de la Frisia, San Sigfrido apóstol de los Godos de la Suecia, pero sobre todo, San Bonifacio quien, enviado por San Gregorio II convirtió los diversos pueblos de la Germania, los Bávares, los Turinjios i los Sajones de Alemania. Veamos como habla del primero de los Gregorios el protestante, o mas bien, el deista inglés Gibbon.

«El Pontificado de Gregorio el Grande, que duró trece años seis meses i diez dias, es uno de los períodos mas edificantes de la historia de la Iglesia. Bajo su reinado los bárbaros de España i de Italia fueron reñidos a la Iglesia católica i la conquista de la Bretaña reflejó méjor gloria sobre el nombre de César que sobre el de Gregorio I.º En lugar de seis legiones se embarcaron cuarenta monjes para esa isla lejana i el Pontífice se lamentaba de que austeros deberes le impidiesen participar de los peligros de su expedicion espiritual. En ménos de dos años pudo anunciar al Arzobispo de Ale-

[1] Antigüedades anglo-sajonas por John Lingard.

[2] San Greg. lib. 4.º ep. 33.

[3] Lib. 2.º ep. 15; lib. 8.º epíst. 40 i 65.

[4] Lib. 6.º epp. 3 i 35.

[5] Lib. 5.º ep. 12.

habría que sus enviados habían bautizado al Rei de Kent con diez mil de sus Anglo-sajones i que los misioneros romanos, así como los de la Iglesia primitiva no tenían otras armas que los poderes espirituales i sobrenaturales. El poder temporal de los Papas surgió insensiblemente de las calamidades de los tiempos, i los Obispos romanos se vieron obligados a reinar como ministros de caridad i de paz. Gregorio puede ser llamado justamente el padre de su patria, el salvador de Roma. Desengañado de la esperanza de un tratado jeneral i definitivo entre Lombardos i Griegos, se atrevió a salvar a su país sin el consentimiento del Emperador o del exarca. La espada del enemigo estaba suspensa sobre Roma i si se alejó de ella fué por la dulce elocuencia i por los dones oportunos del Pontífice, quien inspiraba respeto a herejes i bárbaros. Los méritos de Gregorio eran, en la corte de Bizancio, objeto de reproches i de insultos; pero en la adhesión de un pueblo reconoció encontró él la mas bella recompensa de un ciudadano i el mejor derecho de un soberano.» (6)

Es digno de notarse que, protestantes i deistas distinguidos atribuyen las maravillas de la civilización de Europa, no a una religión de ideas puras, no a una religión abstracta, tales como el protestantismo i el deísmo, sino a la Religión personificada i enseñada por la Iglesia Romana. Escuchemos todavía al deista Gibbon quien despues de haber enumerado los dichos efectos de la conversión de los bárbaros en su obra citada añade: [a]

«La autoridad directa de la Religión era ménos eficaz que la santa comunión que los unía con sus hermanos cristianos en una amistad espiritual.

La perpetua correspondencia del Clero latino, las frecuentes peregrinaciones a Roma i a Jerusalem, i la autoridad creciente de los Papas, cimentaron la union de la República cristiana i produjeron gradualmente esas costumbres semejantes i esa común jurisprudencia, que distinguen del resto de la humanidad a las naciones independientes i hostiles de la Europa moderna.»

Un doctor protestante de Alemania, que ha escrito sobre el origen, desarrollo i constitución de la Iglesia i del Papado una obra análoga a la de Gibbon sobre la decadencia i ruina del imperio romano, M. Planck, se espresa sobre el mismo asunto con no ménos franqueza

«En jeneral, dice, puede sostenerse sin duda ninguna que la Iglesia (Romana) tuvo sobre los nuevos Estados, sobre los hombres de que se componían i sobre todas las clases de estos hombres una benéfica influencia, i esto, no solo por las nuevas ideas que esparcía en medio de ellos o por la religión que les comunicaba, sino aun mas directamente por sus instituciones exteriores, por sus leyes i por su disciplina..... El cristianismo en su pureza sencilla, la Religión de Jesus en su verdadero carácter como guía a una moralidad mas alta, no hubiera podido nada absolutamente sobre ellos (los bárbaros); pues careciendo de toda cultura intelectual, carecían tambien de medios de recibirla en este carácter i en esta pureza. Pero por la nueva forma de un culto exterior, por la cual se atraía su imaginación, por la nueva autoridad de una Iglesia que les daba mas leyes, que doctrinas i menos para pensar que para hacer, podía insensiblemente despertarse en ellos algo que al fin pudiera transformarse en verdadero sentimiento moral; i era esta, por cierto, la única vía por la cual pudiera introducirse

[6] Gibbon, Decadencia i ruina del imperio romano.
[a] Robrbacher de las relaciones naturales entre los dos poderes.

poco a poco la cultura mas adelantada de su espíritu.»

En otros términos, dirémos con un apolojista de este siglo, el puro Evangelio tal como lo conciben los protestantes, entre otros M. Planck, el protestantismo en una palabra, no sirve para nada cuando se trata de convertir i civilizar a naciones que tienen necesidad de ser convertidas i civilizadas; para esto, es absolutamente necesaria la Iglesia católica con su autoridad, su culto i su disciplina. En el supuesto pues, de que Dios haya querido tener lástima al jénero humano, él debía necesariamente, según M. Planck, instituir la Iglesia Católica, Apostólica i Romana.

«Fué la Iglesia, añade el mismo autor, quien poco a poco introdujo mas estabilidad en la constitución de los nuevos estados, mas humanidad en sus leyes, mas justicia en su *justicia*. Fué tambien la Iglesia la que echó por donde quiera el primer fundamento, sobre el cual pudo levantarse con el tiempo el edificio de una nueva constitución social que, en comparación de lo que hasta entónces habia existido, procuró a cada ciudadano una parte mucho mas proporcionada en la masa común de felicidad pública por un sacrificio mucho menor de sus derechos de hombre.»

Pero no son estos los únicos testimonios que la historia registra de los enemigos del Papado i en los que ellos reconocen a esa institución como la benefactora, civilizadora i salvadora de todos los pueblos. Escuchemos al publicista Pierre de Jouax, Aleman i protestante.

«El poder de la Iglesia salvó a la Europa de una entera barbarie i fué un punto de reunión para los Estados aislados; ella se colocó entre el tirano i la víctima i restableciendo entre las naciones enemigas relaciones de intereses, de alianza i de amistad, vino a ser una salvaguardia para las familias, los pueblos i los individuos.» (7)

Escuchemos al presbiteriano Robertson: «La monarquía pontifical enseñó a las naciones i a los reyes a mirarse mutuamente como compatriotas, como igualmente sujetos todos al cetro divino de la Religión; i este centro de unidad religiosa ha sido, durante siglos numerosos, un verdadero beneficio para el jénero humano.» (8)

Escuchemos al protestante Sismondi: «En medio de este conflicto de jurisdicciones (entre los señores feudales), el Papa se mostraba el solo defensor del pueblo, el solo pacificador de las discordias de los grandes. La conducta de los Pontífices imponía respeto, así como sus beneficios merecían reconocimiento.» (9)

Escuchemos al protestante Juan de Muller: «Sin los Papas Roma no existiría ya. Gregorio, Alejandro, Inocencio opusieron un dique al torrente que amenazaba toda la tierra; sus manos paternales levantaron la jerarquía i junto con esta, la libertad de todos los Estados.» (10)

Leibnitz, el mas vasto jénio que haya aparecido entre los protestantes, despues de demostrar que los Papas ejercieron en la edad media un poder universal con aplauso i reconocimiento de todos los pueblos, concluye por decir que si los Papas recuperasen la autoridad que tenían en tiempo de Nicolas I. o de Gregorio VII, sería este el medio de es-

[7] Carta sobre la Italia por M. Pierre de Jouax ministro protestante,

[8] Cartas sobre la Italia.

[9] Historia de las Repúblicas Italianas de la edad media por Sismon de Sismondi.

[10] Viajes de los Papas por Juan de Muller.

tablecer la paz universal i de volvernos al siglo de oro. (11)

Cosa increíble i que manifiesta cuanto es el ascendiente de la verdad! Voltaire, el encarnizado enemigo de la Iglesia Romana, aquel que para destruir a la *infame*, como la llamaba en su desvergonzado lenguaje, no ha temido prostituir la historia, anhela por el poder universal de los Papas como la sola i verdadera salvaguardia de la humanidad. «El interés del género humano, dice, exige un freno que contenga a los soberanos i ponga a cubierto la vida de los pueblos. Este freno de la religion hubiera podido estar por una convencion universal en manos de los Papas. Los primeros Pontífices no mezclándose en reyertas temporales sino para apaciguarlas, advirtiendo a los reyes i a los pueblos sus deberes, reprochando sus crímenes, reservando las excomuniones para los grandes atentados, habian sido mirados siempre como las imágenes de Dios sobre la tierra; pero los hombres están reducidos a no tener por defensa sino las leyes i las costumbres de sus países: leyes frecuentemente despreciadas i costumbres muchas veces corrompidas.» (12)

Convénzase, por tanto, *El Tiempo* de que está aislado en su crasa ignorancia o en su ciega maldad, pues cuando él se empeña en gritar que la Iglesia romana manda sus emisarios a *fomentar la vanidad i a condensar la supersticion*, ya los impíos i protestantes mas afamados han proclamado de comun acuerdo que, artes, ciencias, civilizacion, dulzura de gobierno, suavidad de leyes, independencia, existencia misma, todo lo debe la Europa a esa Silla Romana que, con una misma mano contenia a los bárbaros del Norte, libertaba los pueblos de la opresion de los Emperadores teutónicos, refrenaba la insolencia de los barones feudales i movia al Occidente como un solo hombre contra la ferocidad Otomana, impidiendo así que la espada de Mahoma hiciese de la Europa lo que ha hecho del Egipto i del Asia. [b] Si tanta gratitud, si tanto reconocimiento debe a Roma el antiguo continente; cuánto mas no le debe nuestra América, cuya existencia social no es mas que un continuo pregon de los beneficios que a manos llenas ha derramado i derramado sobre sus habitantes la cátedra de San Pedro?

Dejemos que responda el príncipe de los historiadores modernos César Cantú, pues a la inmunda algaraz de *El Tiempo* queremos oponer el lenguaje irresistible de los hechos.

«Si la raza india no fué esterminada completamente, no es a la compasion de los españoles ni a su cansancio a lo que se debe, sino al caritativo celo de los sacerdotes i Obispos, a los cuales las leyes españolas confiaron el cuidado de velar por la vida i libertad de los naturales, cuyos protectores legítimos se constituyeron. Tal fué, en efecto, la tarea de que se encargaron; otros llegaron despues de Europa con el designio de convertir los americanos i el primero que atravesó el Atlántico con este objeto, fué el benedictino catalan Saul, a quien una bula pontificia de 24 de junio de 1493, designó para aquella mision con otros doce sacerdotes. En medio de las perfidias, de las atrocidades que acompañaron el descubrimiento del Nuevo Mundo, el alma se complace en descansar de las emociones dolorosas con el espectáculo de un heroísmo desinteresado. No era bastante para aquellos que, afectados de un vivo sentimiento de compasion hacia las miserias de sus semejantes iban a afron-

tar peligros de todas clases, el considerarse con valor; no se trataba de matar ni de avasallar poblaciones: les era necesario mucho saber para convencerlos, el conocimiento de su lengua para hacerse entender de ellos, la destreza i sagacidad para refutar sus antiguas creencias, prestándose a sus costumbres i al vuelo de sus ideas, sin pasar los límites de la condescendencia que puede usar la moral i la religion con respecto a las costumbres i a las preocupaciones.

«El misionero avanzaba por el camino que la misma avaricia no se habia atrevido a abrirse al través de los inmensos rios donde desaguan otros rios de mujientes aguas, por medio de aquellas eternas selvas, en las que el hombre se encuentra perdido como en medio del Oceano, blanco del furor de los elementos, de las fieras, para buscar conversiones i los sufrimientos del martirio. Allí bajo el poder de Dios, cuya única mirada le veía, el Franciscano descalzo, vestido con su tosco hábito o el Jesuita cubierto con su sombrero de grandes alas, llevando en el cinturon el crucifijo que se veía sobre su negro traje i su breviario bajo del brazo, se internaba en las selvas vírjenes, melido hasta medio cuerpo en los pantanos, o subiendo por escarpadas rocas. Buscaba para descansar las profundidades a veces ensangrentadas, de las cavernas i de los precipicios, espuesto a la voracidad de los tigres, a las mortales mordeduras de las serpientes o las flechas de los canibales. Si debía perecer, el misionero espiraba bendiciendo al Señor i otro márchando por sus huellas encontraba sus mutilados restos que enterraba con cuidado; despues plantaba una cruz sobre su tumba i proseguia su camino, preparado a sufrir la misma suerte.

«Acostumbrado el salvaje a no ver al europeo acercarse a él mas que para arrebatarle su oro, su mujer o su libertad, se admiraba del aspecto de aquellos hombres que nada pedian; se admiraba tambien de la intrepidez con que desarmados afrontaban la muerte; de la constancia con que sufrían las fatigas mas dolorosas; i se apiñaban en rededor del sacerdote que, sabiendo apenas algunas palabras del dialecto hablado por la multitud que le rodeaba, les enseñaba una cruz i el cielo. Pronto aquellos hombres, cediendo a la influencia de su palabra, no sabian si debian considerarlo como un májico o como un enviado del cielo i le escuchaban con sorpresa predicarles que abandonasen la vida errante, uniones fortuitas i caprichosas, banquetes inhumanos para conocer la santidad de la familia i de la sociedad.

«Una dulce piedad, una moral pura, una fe firme, eran sus armas, i para encontrar a los salvajes seguian sus pasos i los buscaban en el fondo de las sombrías cavernas, tan pronto abandonándose en una balsa al curso de rios que los salvajes mismos no se atrevian a pasar, tan pronto internándose en las selvas que los mismos naturales incendiaban cuando los consideraban dentro.... Estos hombres que se sacrificaban no podian aguardar ninguna recompensa en este mundo, ni siquiera la que resulta de la certidumbre de ser útil.... No hai necesidad de preguntar si aquel nuevo territorio fué fecundado con su sangre. Los Jesuitas cuentan trescientos mártires entre sus hermanos en el siglo XVI, i los que visitaron sus colejos encontraron largos corredores cubiertos de retratos, no de aquellos que se insinuaron cerca de los tronos, sino de los que perecieron propagando la civilizacion con la cruz en la mano. En medio de aquellas santas penalidades, conservaban los misioneros la hilaridad del ánimo.... No olvidaban tampoco la ciencia del mundo i algunos compilaron diccionarios que sirvieron de base a la len-

(11) Pensamientos de Leibnitz.

(12) Voltaire, Ensayos sobre las costumbres i el espíritu de las naciones. Cap. 50.

[b] Robrbacher, de las relaciones naturales entre los dos poderes.

histórica; otros enseñaban el uso del chocolate i de la quina; estos indicaban posiciones comerciales excelentes, aquellos encontraban tierras nuevas. Un Jesuita halla en Tartaria una mujer Hiron que habia conocido en el Canadá i sacó en consecuencia la union de ambos continentes al Noroeste antes que Behring i Cook diesen la certeza de ser así.»

En seguida detalla el ilustré historiador los diversos trabajos de los misioneros, i añade: «No tenemos intencion de seguir paso a paso aquellas conquistas de la Cruz. Bastará decir que a principios del siglo XVII, la América contaba ya cinco Arzobispados, veinte i siete Obispados, cuatrocientos conventos, catedrales magnificas de las cuales una de las mas hermosas era la de los Angeles.... Al mismo tiempo los Jesuitas enseñaban por todas partes la gramática i las artes liberales i habian reunido un Seminario a su colegio de San Idefonso en Méjico, ciudad donde como en Lima habian establecido una universidad. Así fué como la conquista se transformó en mision i los asesinatos cedieron el puesto a la civilizacion.» (13)

Pero para qué aducir testimonios escritos? ¿cuál de los americanos no está convencido de que la rápida civilizacion de este continente es obra exclusiva de los misioneros católicos? Si las ocupaciones o la ignorancia no le permite a *El Tiempo* saber lo que la América debe a Roma, que se lo enseñen los salvajes iroqueses quienes, convertidos al catolicismo, enviaron al Santo Padre en 1831, unas sandalias i un cingulo fabricado por sus manos con estas palabras, sencilla expresion de su gratitud: «Padre de todos los fieles, tú nos has enseñado a conocer a Jesucristo. Tú nos has enviado al hombre de la ropa negra. Tú le has dicho, ve a encontrar a los indios; esos son mis hijos; corre i asistelos! Tú eres nuestro padre, nunca reconoceremos otro. Si nuestros descendientes (incluso *El Tiempo*, por supuesto) te olvidasen i cayesen en el error, muéstrales ese cingulo i pronto volverán a tí.» Qué vergüenza para *El Tiempo*, que unos pobres indios, que como él, no sabian redactar periódicos, le muestren el camino del deber i del reconocimiento!

Pero por ahora pongamos punto a nuestras reflexiones, que en el próximo número acabaremos de presentar, en toda su repugnante desnudez, la malignidad i salvajismo del escritor que así degrada la prensa en mengua, no ya de la moral sino del sentido comun.

Antonio J. Sucre.

VARIETADES.

INTOLERANCIA PROTESTANTE.—Parece que los defensores del libre exámen se viesen compelidos por sus propios principios a facilitar los medio de salvacion que los católicos juzgan necesarios, pues que debiendo estos obrar conforme a la conciencia formada por su propia conviccion, carecer de esos medios seria esponerlos a la eterna perdicion; mas no es la consecuencia que debe buscarse en la conducta de los secuaces del error. El protestante blasona la tolerancia, pero es el que menos la concede cuando puede disponer de la fuerza. I este instinto es tan cierto, que no es necesario que disponga de fuerza pública, sino que basta el que de cualquiera manera i aun en los grados inferiores de la jerarquía tenga oportunidad de oprimir a los católicos para que no deje pasar la ocasion. En comprobante de esto vamos a copiar el artículo de carta que ha dirigido desde Lóndres uno de nuestros amigos. El es como sigue:

«Una triste ocurrencia que pone de relieve el insostenible carácter del protestantismo tuvo lugar en el va-

por Magdalena que nos trajo a bordo desde Santa Tecla. Venia allí un pobre frances muy enfermo, que fué definitivamente deshauciado por el médico del buque en la noche del 17 [marzo] en términos de asegurar que morria antes de 48 horas. Al ver esto, dejando el té que todos nosotros dije, que era sacerdote católico i que iba a prestarme mis servicios. El paciente me recibió con agrado i me pidió que en la mañana inmediata lo visitase i curase, i sin pérdida de tiempo llamé a un amigo mio, el estimable jóven don Andres de la Riva Agüero para que le escribiera ciertas declaraciones que queria dejar a su familia. A las doce de la misma noche, Contador del vapor me avisó que el enfermo probablemente no sobreviviera. Me dirigí al punto al camarote de este, cuando él me lo impidió, a pretexto de que a él le tocaba indicarme el momento oportuno. Cansado de luchar contra la ceguera de la ciega impiedad protestante i muy avanzada la noche, me habia ido a recoger precisamente en el momento en que llegó el señor Julian Concha a decirme que el paciente se sentia muy malo i me llamaba. Un instante despues estaba yo junto a la almohada del moribundo, oyéndole su confesion. Pero ¡fatal suceso! Satanás que habia introducido mezcladas con licor sus sugestiones en la cabeza del médico, lo llevó a que me estorbare la conclusion de tan buena obra. Así fué que el Dr. se presentó a despedirme del camarote del enfermo; i dejó a un cuidador para que no me permitiese entrar otra vez, ni en esa noche ni en los siguientes dias. Al retirarme colgué al cuello del paciente, la medalla de la Congregacion de Maria del Seminario Conciliar de esta Arquidiócesis; i atribuyo a la Santísima Virjen, que el pobre hubiese tenido la suerté de llegar vivo a Southampton. De todo esto han sido testigos 47 pasajeros de cámara que traia el Magdalena.

[De La Revista Católica.]

— NUESTRA CONVERSION. — Escribe de Lóndres con fecha 31 de enero:

«Una nueva conversion acaba de regocijar el corazón de los católicos de Inglaterra. Esta es la del reverendo Arturo Marshall vicario de la Iglesia protestante de San Mateo en Liverpool i graduado en la Universidad de Oxford, sujeto de profunda instruccion i ante quien se abria una brillante carrera. Estudios hechos de buena fe i constante aplicacion para investigar la verdad han conducido a A. Marshall al seno de la Iglesia. El recién convertido, ha publicado varias cartas en que describe las perplexidades i los tormentos que laceraron su alma mientras vacilaba sobre el partido que debía tomar. Es digno de notar lo que con un acento de profunda tristeza revela el convertido, a saber, con cuánta frialdad i con cuánta repugnancia acogen los ministros de la Iglesia anglicana a aquellos conoegos suyos que tomando por punto de partida el libre exámen, proclamado por la reforma misma, tienden a encaminarse a la Iglesia católica. Véamos cómo se expresa sobre este punto al dirigirse al cura de la iglesia que ha abandonado.

«Quizá me preguntareis por qué no os he hecho conocer antes el estado de mi corazón i de mi espíritu. Oh amigo mio! no hai sobre la tierra cosa tan cruel ni que lastime tanto, como la conducta de la iglesia de Inglaterra para con aquellos hijos suyos que manifiestan tendencias hácia el catolicismo. El ministro que se halla en este caso i quiera conservar su reposo, lo último que debe hacer es confiar a sus hermanos la turbacion de su alma.»

«Esta revelacion, de que ciertamente no necesitábamos, es preciosa i debe recogerse, por cuanto nos manifiesta una vez mas, que el protestantismo engaña a sus adeptos, diciéndose amigo de las luces, cuando por el contrario lleva gravado en la frente ese carácter indeleble del error, de no aborrecer sino a la verdad.»

(L' Univers.)

ACTOS LITERARIOS.—En los cuatro primeros dias de la última semana, la Comunidad de Predicadores ha presentado en su iglesia, como resultado de las tareas literarias, una serie de actos públicos. Sentimos no haber podido disponer del tiempo necesario para concurrir a todos ellos; i tanto mas nos es sensible, cuanto que tenemos especial deferencia por aquel establecimiento, i una deuda de gratitud que siempre deseamos satisfacer.

El claustro dominicano de esta ciudad siempre ha brindado jenerosamente la instruccion, i se gloria de haber cooperado en dar a la patria buenos i distinguidos ciuda-